

Sección peninsular

De norte a sur, experiencias de vivienda

De norte a sur, la España de las autonomías se enfrenta a medio siglo de historia. Cinco décadas durante las cuales nuestro país construyó toda la vivienda social del estado moderno. Un periodo que se inició con la reconstrucción de la posguerra; con los poblados y las barriadas de esquema racional y aire popular, como Esquivel, y con las ciudades de casas de renta y perfil continuo edificadas en estilo Escorial. Este arranque tuvo momentos extraordinarios, como fueron los Poblados Dirigidos de Madrid, que sacaron de sus chabolas a los agricultores reconvertidos en obreros que habían venido del sur a construir la capital. Poblados desarrollados por jóvenes arquitectos que aprovecharon un particular momento del Régimen para introducir, aun con escasos medios, los modelos modernos para el alojamiento de masas.

Pronto, con las leyes de Viviendas Subvencionadas y de Propiedad Horizontal, se agotó la vía experimental. La bonanza económica de los años sesenta vació los pueblos y llenó las ciudades; las promotoras subvencionadas por el Estado aprovecharon la ocasión y lanzaron al mercado unas viviendas homogéneas, especulativas y masificadas. Los bloques en altura de los postulados modernos para la ciudad se entendieron sólo desde el interés económico, y su aceptación acrítica y la adopción de un urbanismo de planes parciales redujo la construcción de la ciudad a una cuestión de volúmenes y aprovechamientos. La crisis de los setenta supuso la incorporación masiva de la profesión al planeamiento, el nacimiento de los movimientos vecinales que reivindicaban una mejor calidad ambiental, y la atención a los déficits dotacionales en las ciudades dormitorio de la década anterior. Para poner freno a la especulación inmobiliaria se llevó a cabo una política conservacionista que impedía la destrucción de los edificios antiguos independientemente de su valor arquitectónico. Se redactó además una estricta reglamentación a imagen de las formas tradicionales de la edificación (balcones, miradores...) que simplificó la práctica profesional en favor de una ciudad homogénea, paleta y de perfil plano.

Desde entonces, el urbanismo en nuestro país, como en el resto de la Europa comunitaria, se quiere ver reducido a un problema arquitectónico. Reflejo de esto son los grandes proyectos de transformación de las ciudades (Barcelona 92 o el Bilbao de los proyectos estelares) o los concursos para la renovación de áreas urbanas. En general todos ellos quieren cambiar la imagen de nuestras ciudades a partir de una serie de actuaciones concretas de carácter regenerador, recuperando los elementos tradicionales de la ciudad histórica.

En el panorama de la vivienda, la vuelta a los modelos antiguos ha supuesto la abolición del bloque en altura y la recuperación de recursos escenográficos como los de la Viena Roja o las villas urbanas centroeuropeas. Este cambio de rumbo comenzó con los estudios tipológicos de la Tendenza, y pronto derivó hacia las propuestas de recomposición de las ciudades desde la disciplina arquitectónica (otra vez fue Berlín -la IBA- el laboratorio de ensayo). Pero se trata más bien de un cambio de decorado. En este marco, el proyecto de vivienda colectiva continúa siendo un problema de estándares. Quizá sea que las exigencias del cliente privado, público o

mixto coartan la posibilidad de experimentación, pero es sobre todo el reflejo de una sociedad masificada en la que no cabe la propuesta innovadora.

Tres recientes experiencias en puntos distantes de nuestra geografía nos permiten ver las respuestas que una joven generación de arquitectos han dado al proyecto de la residencia colectiva. Una urbanización a las afueras de Pamplona, el duro margen de la M-30 madrileña y un polígono de viviendas próximo a Sevilla son los lugares donde se desarrollan las propuestas.

Pamplona

Manzana de viviendas en el Polígono de Mendillorri

Arquitecto: Francisco José Mangado

Constructora: ACR

En su corta y apretada carrera, Patxi Mangado ha construido una extensa y elegante obra de múltiples referencias. Ahora ha tenido la ocasión de proyectar una nueva urbanización que amplía Pamplona con 4.000 viviendas en una zona muy cercana a su centro, y desarrollar además una de sus manzanas. Dada la naturaleza casi rural del lugar, el arquitecto navarro ha optado por el modelo de manzana abierta que propuso Rob Krier para la IBA. Como en Berlín, la urbanización hace de dos parques cruzados sus *cardo* y *decumanus* a los que miran los edificios.

Cada manzana está compuesta por dos bloques lineales y seis edificios de planta cuadrada, ordenados alrededor de un jardín. Los bloques presentan su fachada larga a las calles principales de la urbanización. Los edificios cuadrados --que, como los de Krier, quieren parecerse a villas burguesas- dejan entre sí unos corredores de acceso al jardín. A la vista de la experiencia berlinesa, podemos preguntarnos si no habría sido mejor concentrar las entradas al interior de la manzana y ceder una mayor superficie de jardín privado a las viviendas de planta baja.

Las plantas -de noventa metros cuadrados útiles- se han compartimentado en paquetes funcionales diferenciados. En los edificios 'villa', el programa de dormitorios se sitúa hacia los corredores para asegurar su intimidad. En los bloques lineales, se aprovecha su repetición para ordenar la fachada pública.

El ritmo ondulado de la fachada de los estares ha permitido a Mangado mostrar su ingenio compositivo y lograr un conjunto que adopta pieles distintas en función de su situación: formales hacia las calles y juguetonas hacia el interior. Como en la vivienda burguesa, se ha concedido mucha importancia al diseño de los espacios de uso común, tanto en el tratamiento material, que hace uso de recursos extraordinarios, como en su iluminación, que resuelve con grandes cubiertas de vidrio.

Madrid

Viviendas de Protección Oficial junto a la M-30

Arquitectos: Iñaki Ábalos y Juan Herreros

Constructora: Level

La construcción de una autovía debe llevar aparejada la asignación de un espacio de margen destinado a zonas verdes o a usos distintos del residencial. Sin embargo, la M-30 madrileña ha acumulado en sus bordes toda la edificabilidad de los terrenos que liberó, quizá para rentabilizar la operación. Así, tras el puente de O'Donnell y en dirección Sur vamos encontrando el ruedo de Oíza, el circo de García de Paredes, las torres de Corrales y Molezún y los bloques de Vázquez Consuegra. Ahora, un poco más al sur y en la acera de enfrente, Ábalos y Herreros han terminado unas casas de lata con aires del siglo XXI.

El encargo es fruto de un concurso promovido por la Empresa Municipal de la Vivienda en 1988, y los ganadores le dieron salida vistiéndolo de chapa industrial. Quizá sea una alusión al uso que deben tener las construcciones tan cercanas a las autovías, pero también muestra el interés de sus autores por estas tecnologías. El proyecto completa una manzana de pequeñas casas y talleres con un bloque lineal que hace frente a la autovía y un edificio que da la escala del barrio y se curva para tomar vistas hacia un campo de deportes.

Los arquitectos han diseñado unas viviendas que facilitan los cambios distributivos, al situar todos los elementos de soporte (pilares, bajantes...) en las paredes medianeras. Con la elaborada sección del bloque se explica el proyecto. En planta baja los estares se amplían con patios privados que protegen del sol y proporcionan la intimidad necesaria de cara a los accesos; los dormitorios situados a levante aprovechan el moldeado del terreno para tratar de esconder de ruidos y vistas la M-30. El planteamiento se invierte en las plantas de pisos de forma que los estares disfrutan las vistas que proporciona la autovía, filtradas por unas galerías que actúan como diafragma acústico. Por último, los altillos se retiran de fachada para conseguir amplias terrazas hacia las vistas

Sevilla

Viviendas sociales en Alcalá de Guadaira

Arquitectos: Fernando Carrascal y José M^a Fernández de la Puente

Constructora: Asturiana

En los años setenta, la escuela sevillana se dio a conocer con algunas pequeñas obras realizadas por arquitectos, casi todos profesores, vinculados con la Tendencia.

Desde las aulas y los concursos, entablaron una crítica al planeamiento de la ciudad moderna del bloque exento, apoyada en el estudio de los tipos arquitectónicos de la tradición. Fernando Carrascal y José María Fernández de la Puente se formaron en este clima disciplinar, la llamada 'escuela del rigor'. A lo largo de los ochenta, a medida que llegaron los encargos, esta cruda arquitectura se armó con una serie de recursos estéticos más amables, sacados de la propia tradición, pero también herederos de la arquitectura residencial holandesa de sencillos planos de ladrillo y revoco.

En sus viviendas de Alcalá de Guadaira, Carrascal y De la Puente muestran esta voluntad de dar una alternativa a la ciudad desurbanizada de los planes parciales: sobre una parcela preparada para una tipología de bloques en H unidos por sus brazos medianeros han optado por construir un bloque cerrado en torno a un patio cubierto. El edificio resuelve así su contacto con la calle y logra eliminar los espacios marginales. Pero con el apretado programa de las viviendas, esta decisión ha obligado a aceptar la ventilación de las cocinas a través de los espacios de uso común.

El bloque consta de cuatro plantas, con doce viviendas por planta. Se ha querido hacer del patio un lugar de relaciones, de ahí la situación de los núcleos de escaleras: dos en los extremos y uno que hace de puente a mitad. Por la misma razón, las entradas a las viviendas de planta baja dan a este espacio común, del que se despegan para conseguir cierta intimidad.

Dado el escaso presupuesto disponible, los arquitectos han proyectado un edificio de estructura y materiales económicos, y de fácil mantenimiento. Este ahorro les ha permitido cuidar más el diseño de los elementos de uso público.